

# RELATOS PREMIADOS

## X Certamen literario Homenaje a José Hierro

**Biblioteca José Hierro**

**5 de abril de 2022**

**14:10**

### Categorías

Primer Ciclo de la ESO

Segundo Ciclo de la ESO y

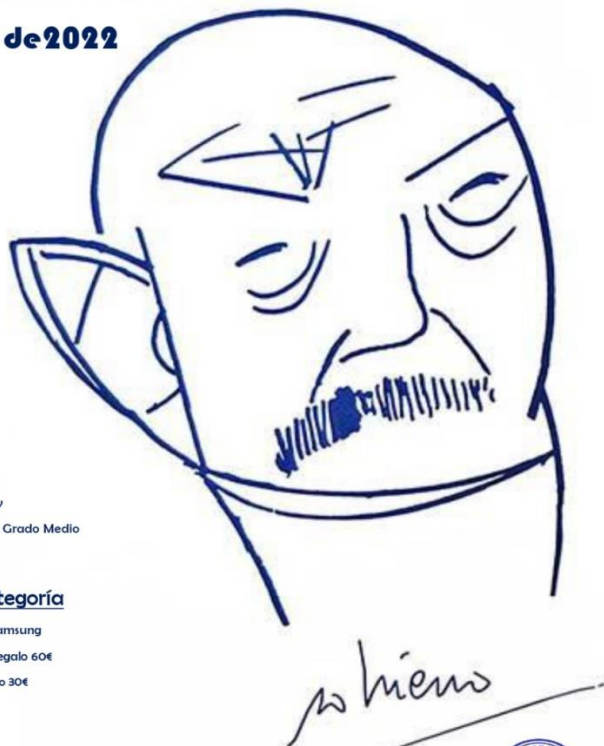
FPBBachillerato y C.F. de Grado Medio

### Premios por Categoría

Primer Premio: tableta Samsung

Segundo Premio: Tarjeta regalo 60€

Tercer Premio: Tarjeta regalo 30€



**IES Juan de la Cierva**





# X Certamen Literario Concurso de Microrrelatos 2022



## PRIMER PREMIO –Categoría Bachillerato –

Elia Fernández Páramo, 1º C (Rulfo)

**Un hombre esbelto, con su cadena de oro en el chaleco. Detrás de él, un fondo de grúas en el puerto.** El sol se ponía con un gran despliegue de ocre y rojos. Había estado plantado ahí, de pie, toda la tarde, con el recuerdo de Matilde, con su natural gracia, le había subyugado desde el primer momento. Pero Matilde ya no estaba. En los primeros meses de matrimonio, durante los arrumacos mañaneros, se sentía el hombre más dichoso de todos. Pero Matilde se había ido. En estas cavilaciones, vino el frío a despertar sus sentidos. Se encaminó entonces a su casa, tan solitaria como la calle que les alejaba. Matilde era a veces tan gélida como la fría brisa que soplaba. Maulló un gato y, cuando se giró para verlo, se escabulló velozmente. Así de esquivo era Matilde las últimas noches.

Encendido por su imagen, cada vez más nítida y palpable, bordeó el puerto y se paró en seco en una pasarela de madera, frente al agua. Matilde era como esa madera. Conglomerada, perversa. Era como el agua, voluble bajo la luna, de cambiantes reflejos.

Afortunadamente, ya no volvería a sentirse incomprendida ni tendría que rehuir de nadie, pues yacía en el fondo, con sus semejantes.

Tiró al agua la cadenilla de oro, regalo de bodas, y, como si el mar anduviera más alto que ella, quiso hacer una donación y escupió con vehemencia.



# X Certamen Literario Concurso de Microrrelatos 2022



## SEGUNDO PREMIO –Categoría Bachillerato –

Candela Camacho Ollora 2º D (Clara Hernández)

**Un hombre esbelto, con su cadena de oro en el chaleco. Detrás de él, un fondo de grúas en el puerto** y los gritos de las gaviotas, y el peso del silencio. Saca el reloj del bolsillo. Son las diez. “Ya debe haber salido el barco”, piensa mientras frota su pulgar contra la fría cadena hasta que siente dolor en su dedo. Comienza a andar en paralelo a la playa, en dirección a casa. Mira a sus pies y a las baldosas blancas del puerto marítimo. Siempre hacia abajo. Sabe que si mira al mar le deslumbrará el reflejo del sol; y si mira una cara, le cegarán las lágrimas que ya pelean por salir, fuertes como un río en la montaña.

No quiere ir a casa, no. Esa casa es como una cárcel, pero peor; llena de recuerdos de aquellas cosas que pudo hacer pero que perdió, como el barco. Llena de las cosas de esas personas a las que quiso amar, cuando le faltó el valor para hacerlo. Sus pies le llevan sin que se dé cuenta, al café de la plaza marítima. Y allí, el beso del sol y la taza caliente le intentan dar vida a sus manos frías.

En la silla reclina su espalda y ve a la gente pasar en la plaza. Ve cómo la vida sigue y ve cómo las señoras pasan y cómo un niño lloriquea, se sonríe y piensa cuánto le gustaría echar marcha atrás en el tiempo y volver a aquellos de días de cuentos y meriendas, cuando no sentía que se ahogaba en un charco.

Mirando al sol, cierra los ojos y echa hacia atrás la cabeza. Y piensa y recuerda, y ve su cara en su mente. Ve como en un vídeo su cara mientras le dice que ya no le quiere más y que las sonrisas de estos últimos días habían estado llenas de secretos. Siente las lágrimas correr, al fin.



# X Certamen Literario Concurso de Microrrelatos 2022



## TERCER PREMIO –Categoría Bachillerato –

Lucas Hevia Morales, 2º E (Unlucky)

**Un hombre esbelto, con su cadena de oro en el chaleco. Detrás de él, un fondo de grúas en el puerto.** Nervioso, Nikolai inspiró hondo, llenándose los pulmones con la gélida brisa marina. Oteó el horizonte durante varios largos minutos, contemplando la infinitud del océano, las luces titilantes de algún barco pesquero perdiéndose a lo lejos. Fue a encender un cigarro, para encontrar el paquete en su bolsillo vacío. Nikolai maldijo para sus adentros

Algo no iba bien. Se suponía que tenía que vigilar el contenedor de la mercancía hasta las 23:30, la hora de la entrega. Miró su desgastado reloj de muñeca. Las doce pasadas. Y su socio nunca antes había tenido retrasos en los intercambios. Nunca.

Fue entonces cuando escuchó el rugido de un motor. ¿Un coche? - pensó Nikolai. Definitivamente algo iba mal. Se suponía que la entrega se iba a hacer por mar, no por carretera. Rápidamente Nikolai echó mano de su arma y se agazapó tras un contenedor cercano, justo cuando los faros del coche empezaban a iluminar la zona abandonada del puerto en la que se encontraba. Del vehículo bajaron cuatro hombres, todos trajeados y armados hasta los dientes. Estaba claro que no eran de los suyos. Agudizó el oído, pero no logró distinguir lo que decían. Hablaban un idioma que Nikolai no reconocía, bien podría ser francés o chino. Nunca se le dieron bien los idiomas. Entonces vio que los trajeados estaban abriendo el contenedor con la mercancía. Nikolai masculló una maldición en ruso. Nunca había sido muy listo, pero siempre destacó en su valentía y su diligencia para seguir órdenes, sin importar cuáles fueran. Y sus órdenes eran proteger el contenido de ese contenedor. Se armó de valor, musitó una breve oración para sí mismo y salió de su cobertura, apuntando a los hombres con su pistola. Vio la sorpresa en sus ojos y supo que debía aprovecharla.

Nikolai apretó el gatillo “clic”.

Ninguna bala salió del cañón, Se había encasquillado. Durante sus últimos segundos de vida, pensó que tal vez debería haber empleado más tiempo en limpiar su arma, como siempre le habían dicho.

Horas después, el Sol salió en el horizonte, y sus rayos comenzaron a iluminar el mar, los barcos pesqueros, el puerto... y una caja de cigarrillos vacía, al lado de un hombre esbelto, con su cadena de oro en el chaleco, yaciendo sobre el suelo al lado de un contenedor vacío.



# X Certamen Literario Concurso de Microrrelatos 2022



## PRIMER PREMIO –Categoría Segundo Ciclo –

Erik Arnáez Gil, 3º A (La cuenta falsa oficial del Xocas)

**Un hombre esbelto, con su cadena de oro en el chaleco. Detrás de él, un fondo de grúas en el puerto.**

Juan miró a ambos lados con evidente impaciencia, una única gota de sudor recorrió su frente. Se estaban retrasando. Tras unos eternos cinco minutos de espera, una furgoneta blanca sin cristales apareció ronroneando por su izquierda, justo antes de que frenara alguien abrió la puerta desde el interior, pero no fue capaz de ver quién lo había hecho. –“¡Sube!” – Ordenó una voz hostil, obedeció inmediatamente y la puerta se cerró con un golpe seco. El compartimento quedó en penumbra, iluminado por una luz tenue, por lo que fue capaz de distinguir las siluetas de dos hombres robustos frente a él. – “¿Lo tienes?”- Preguntó la misma voz en tono despectivo. Juan se sacó del bolsillo un USB, el hombre cuya voz le hablaba intentó arrebatarlo pero lo puso fuera de su alcance con un rápido movimiento. –“Antes tenéis que cumplir con vuestra parte, no os daré nada si no tengo lo mío”, dijo lentamente, un instante después el otro hombre le extendió un sobre, y tras comprobar que este contenía la cantidad de dinero acordada, les entregó el dispositivo. “Has hecho bien tu trabajo, ya no tienes de qué preocuparte, dejaremos a tu familia en paz.” – Dijo el comprador, sonaba satisfecho, pero Juan permaneció en tensión hasta que abrieron la puerta y le permitieron bajar. Al notar el viento en su cara se sintió satisfecho, había traicionado a sus compañeros, pero su familia ya no corría peligro. Tomó una larga bocanada de aire, aspiró aliviado y emprendió su camino de vuelta a casa paseando por el puerto. Veinte minutos después de bajar de la furgoneta escuchó un ronroneo familiar, se giró, no había duda de que era la misma, intentó huir, tropezó, y tras el sonido de un único disparo, todo se apagó.

## SEGUNDO PREMIO –Categoría Segundo Ciclo –

Carmen Miquel Díaz, 3º E (Miki)

**Un hombre esbelto, con su cadena de oro en el chaleco. Detrás de él, un fondo de grúas en el puerto.** El hombre mira impaciente el reloj que cuelga de la cadena. Empieza a andar sin rumbo alguno por el muelle. Se para y saca una pipa de su bolsillo intentando hacer tiempo. Suelta el humo de la pipa mientras entrecierra los ojos, fijando su mirada en el horizonte. Se acerca un pequeño barco pesquero y el hombre se tensa. Se seca el sudor de las manos en el pantalón de traje y saca un arrugado paquete del bolsillo interior de su chaleco. Empieza a jugar con el paquete con nerviosismo. Cada vez se acerca más y más el barco. Después de unos quince minutos, el barco llega finalmente al muelle. El hombre se apresura hacia la escalera que da al barco, donde un hombre con capucha le espera.

- ¿Tienes el paquete? – pregunta el hombre fríamente.
- S-Sí, aquí lo tiene – responde el otro titubeando. - El hombre de la capucha analiza el paquete detenidamente.
- Entonces... - empieza el hombre del chaleco cambiando el peso de una pierna a otra – Ya `puedo ser libre, he cumplido mi parte – dice casi preguntando.

El hombre de la capucha asiente. El otro suspira, aliviado, y se da la vuelta, alejándose del otro hombre. Un disparo rasga el silencio de la noche, y el hombre del chaleco cae pesadamente en las maderas del muelle. El hombre de la capucha abre el paquete, sacando una bola de papel. Mira un segundo al hombre muerto y tira el papel arrugado y el envoltorio al mar. Después de esto, el hombre, con las manos vacías, vuelve a subirse al barco, que se aleja del puerto poco a poco.

## TERCER PREMIO –Categoría Segundo Ciclo –

Alicia Herrero Cecilia, 3<sup>a</sup> A (Arishia)

**Un hombre esbelto, con su cadena de oro en el chaleco. Detrás de él, un fondo de grúas en el puerto.** Aquel era el cuadro que más me atraía de la casa de mi ahora difunto abuelo, la imagen me producía cierta inquietud. Cuando era más pequeño, me solían atormentar los adultos con el misterioso hombre protagonista y su elegante cadena.

Realmente no recuerdo mucho de las tantas historias surrealistas que me contaban, pero aún conservo la sensación que me producía, y se me erizan los vellos cada vez. En cierta parte no es tan horrible, al fin y al cabo es un recuerdo de mi niñez; lo que me produce nostalgia. Esa es la parte bonita.

Ya llevaba un buen rato observando la obra de arte cuando una presencia a mis espaldas hizo que me girara con la presión de estar siendo observado sobre mi nuca. Pegue un pequeño brinco al comprobar que era mi abuela, me miraba de forma sombría, con la mirada apagada y los labios fruncidos. Era la primera vez que la veía tan triste o arrepentida, había muerto la persona con la que había compartido media vida, era lógico. No me podía imaginar el vacío que debe sentir. De pronto, su vista se enfoca en el cuadro y con una mano acaricia suavemente el lienzo.

- “Era el favorito de tu abuelo” – Su suave voz inundó el pasillo. No sabía qué decir, sentía que cualquier cosa que dijese podía herirla, así que decidí esperar a que ella hablase.
- “Seguro que te contaba mil historias sobre el contexto de este dibujo, pero no creo que llegase a contarte la verdad” – Me miró fijamente con una débil sonrisa y mi curiosidad floreció, pero tenía un mal presentimiento. Le hice un gesto con la cabeza indicando mis ganas de saber – “Ay, cielo, mejor olvidarlo, debió ser él quien te lo contase... Ahora él sólo puede observar, no hablar...” - Comprendía que fuese un día fatídico, pero había muchas cosas que desconocía en ese momento.
- “Quiero saberlo, siempre me han atormentado con él. Las sensaciones que aún me provoca no tienen nada que ver con esas historias, ¿verdad?” – Su expresión cambió, mi abuela palideció y sus ojos presentaban pánico.
- “¿Lo llevas sintiendo siempre? Escalofríos, sudores simultáneos, pánico inexplicable...” – Se precipitó a mí.
- “Sí, siempre eso he sentido”- dije firmemente, estaba asustado.

Ella abrió la boca haciendo amago de hablar, pero según empecé a escuchar su voz, mi mente se nubló y todo lo que pude ver al segundo fue negro. No sé cuánto tiempo pasó hasta que pude abrir los ojos, pero cuando lo hice, la ansiedad se hizo presente. Todo a mi alrededor tenía colores cálidos y olía a húmedo, No podía moverme. Solos pude percatarme de que llevaba un chaleco del que colgaba una cadena de oro. Oía el ruido de obras. Ahora era aquel hombre esbelto, con chaleco y cadena de oro. En un puerto. Con grúas allí.

Estaba atrapado en el cuadro que tanto apreciaba mi abuelo y que tanto miedo me daba de pequeño.



# X Certamen Literario Concurso de Microrrelatos 2022



## PRIMER PREMIO –Categoría Primer Ciclo –

Martina Raya Polo, 1º D ( Noche)

**Un hombre esbelto, con su cadena de oro en el chaleco. Detrás de él, un fondo de grúas en el puerto.** Llevaba una media hora observando las olas. Aquello le recordaba a su abuelo, un hombre alegre y generoso que amaba estar en el mar. Tenía un barco llamado “Crepúsculo”, que surcaba los océanos acariciando las olas. El hombre también recordaba aquel viaje que había hecho con su abuelo a bordo del “Crepúsculo” que, para aquel niño travieso que había sido, era una auténtica aventura. Con su amado abuelo había recorrido el Lago del Atardecer, que era famoso por el maravilloso momento en el que el sol se ocultaba por el horizonte. Pasaron dos días memorables en las aguas del lago hasta que llegó la hora de regresar a tierra. Dos meses después de travesía el pobre abuelo falleció con ochenta años de edad. Lo que siempre había inquietado a aquel hombre, desde que era niño, era cómo su abuelo había predicho, como si se tratara de brujería, en qué momento fallecería.

En ese mismo instante, el señor salió de sus memorias. Miró el reloj y salió con marcha rápida del puerto.





# X Certamen Literario Concurso de Microrrelatos 2022



## SEGUNDO PREMIO –Categoría Primer Ciclo –

Sofía De La Milagrosa Muzhyhúk Shaposhnik, 2º F (Sofía)

**Un hombre esbelto, con su cadena de oro en el chaleco. Detrás de él, un fondo de grúas en el puerto.**

Era la primera vez que Frank viajaba solo. En la mano, no traía más que un pequeño maletín y la foto de su esposa. Se sentó a la orilla del mar con sus pies colgando, y debajo de ellos, doce metros de agua salada y miles de especias marítimas nadando sin preocupación alguna. El sol empezaba a esconderse sobre aquel largo e infinito horizonte. Sus ojos no dejaban de brillar al ver tal belleza y, cada vez que se asombraba por algo, creía que no había cosa más bella y elegante que ver una puesta de sol. Era una de las pocas que había visto, posiblemente la mejor de todas.

Cuando el sol estaba a punto de esconderse del todo, dejando atrás un cielo de colores rojizos y anaranjados, vio a lo lejos a una pareja de delfines nadando sin separarse uno del otro. Se acordó de su mujer, Elisa, que falleció dos años atrás. Pero él la sentía. Sentía que estaba allí con él, aunque no se vieran. De pronto, un pequeño soplo de aire acarició su corta melena.

Del cielo salió un resplandor. Era un resplandor de luz cálido, agradable. Poco a poco, iban apareciendo el hermoso rostro de su esposa. Era un gran rostro sonriente, sin ninguna arruga. Parecía más joven.

Ella se dirigía a él con una suave voz. Sus palabras fueron: “Nunca me olvides. Disfruta cada momento que yo no he podido disfrutar. Te quiero, siempre los haré.”

Poco a poco se fue desvaneciendo.

Se hizo un resplandor y abrió los ojos. Seguía en el puerto, en el mismo lugar donde se sentó antes de ver a su mujer. Él sabía que la había visto, la sentía más que nunca. Nunca se fue, y nunca se irá.



# X Certamen Literario Concurso de Microrrelatos 2022



## TERCER PREMIO –Categoría Primer Ciclo –

Violeta Fernández Torre, 1º E (Hámster Cósmico)

**Un hombre esbelto, con su cadena de oro en el chaleco. Detrás de él, un fondo de grúas en el puerto.** Se lavó las salpicaduras con un pañuelo. Los trabajos duros nunca le habían gustado. Se alejó de allí, tras comprobar el reloj atado a la cadena. Si llegaba tarde, le matarían. Entró en el coche y empezó a conducir. Se preguntó muchas cosas mientras avanzaba por la carretera, ¿por qué había aceptado aquel trabajo? ¿Tanto costaba quitarse de la consciencia la cara del cadáver que acababa de arrojar al agua? No tenía la respuesta para todo. Sumido en el remordimiento, paró en un cruce. Miró a los dos lados de la carretera y a medio camino giró. Regresó al puerto, aparcó el coche entre dos contenedores y saltó al agua. Casi no sabía nadar, pero tenía que sacar la bolsa del muerto urgentemente. A tientas, encontró el tacto de tela gruesa. Él no estaba seguro de si realmente quería sacarlo, pero denunciar su asesinato era lo justo. Intentó concentrarse, pero casi no le quedaba aire, y necesitaba respirar. Soltó la tela y volvió a la superficie. Respiró jadeante. Tras recobrar su respiración normal, abrió los ojos. Aún empañados y molestos, distinguió unas sombras muy distintas a las del puerto. De hecho, no estaba en el agua. Flotaba en un líquido putrefacto y fangoso. En él flotaban restos de huesos y animales muertos. Consciente de esto, salió de la pestilente masa. Pudo alcanzar una barandilla oxidada. Se sirvió de esta para alcanzar el bordillo. Sobre este se hizo un pequeño chequeo. Realmente no estaba sucio, y no olía a la peste del líquido.

Comprobó su reloj, ya que era el único objeto de valor que tenía, pero se llevó una agria sorpresa. No funcionaba. Miró alrededor buscando una señal de qué hora era. Su reloj nunca se había parado, y eso le asustaba. Observó el puerto. Se podían ver personas, pero en estado de descomposición. Todas tenían la misma mueca que el cadáver que había arrojado. Estaba confuso, ¿quizá estaba muerto? ¿Sería ese el destino de los cadáveres que desechaba?